LA PSIQUIATRIA EN EL ECUADOR

DR. AGUSTIN CUEVA TAMARIZ

Conferencia pronunciada en el Aula "Benjamín Carrión" de la C.C.E. con motivo de la Semana Bionédica, en la Sesión dedicada a hablar la memoria del Dr. Julio Endara.

Enero de 1970.

Esta exposición de la que me he permitido hacerles partícipes - es sólo un intento de incursión histórica y bibliográfica sobre el ya dilatado proceso evolutivo de la Psiquiatría en nuestro país.

En este modesto intento, como es natural, habrá muchas lagunas y quedará mucho para investigar luego de una afanosa búsqueda y de un lento y dificultoso trajinar por los senderos de la historia de la medicina mental y de la dispersa e incipiente bibliografía científica nacional, acaso porque la ciencia —al contrario del arte— por su marcha veloz sólo deja en la historia una estela fugaz e inaccesible.

Alguna ocasión dijo el ilustre Don Gregorio Marañón que el médico es, de todos los hombres de ciencia, el que más propende a olvidar la historia, porque el progreso explosivo de la Medicina hace envejecer y condena al olvi-

do lo que sólo pocos años antes florecía. Y sin embargo, ese veloz aparecer y desaparecer de nuestros conocimientos es la razón más profunda, precisamente, de que volvamos con insistencia la vista hacia atrás, hacia las etapas más remotas del mismo surco que vamos abriendo. Todo el pasado remoto, todo lo que está ya muerto, todo lo que fue vida efímera, todo nos es infinitamente útil para interpretar lo que hoy sabemos o creemos saber. En el camino de la ciencia no se puede caminar hacia atrás sin mirar, al mismo tiempo, hacia adelante; pero tampoco se puede salir de la ruta sin mirar al punto de partida. Es difícil encontrar en la historia de la medicina, o en alguna de sus especialidades, paracaidistas del saber y del conocimiento.

Es preciso reconocer —revisando nuestro pasado médico— la personalidad y la obra de nuestros profesionales médicos de ayer que, sin alardes y sin pretensiones, sin más armas que las de la observación y de la experiencia, desprovistos de los refinamientos técnicos que hoy poseemos, con un andar más pausado, con una visión demorada, con una alma más sencilla y un espí-

ritu menos conturbado que el nuestro, fueron capaces de un discurrir científico pleno de seguridad y de armonía mental, que es también, cabalmente, la armonía natural de la historia.

Para cumplir con este empeño —con más afición y entusiasmo que competencia— hemos ido tras las fuentes de nuestra iniciación en la Psiquiatría; hemos conocido sus primeras manifestaciones, ténidas, borrosas y desvaídas; hemos asistido a su desenvolvimiento científico ulterior y hemos de detenernos, sobre todo, a juzgar y a exaltar el valor y la prestancia intelectual de tantas figuras ilustres de la Psiquiatría ecuatoriana que se dedicaron, con pasión y con fe, a bucear en las profundidades abismales del alma humana y a ejercer esa poderosa influencia en la multitud dispersa de discípulos y continuadores de su vasta obra y de su alcecionador ejemplo.

Y de ningún mirador humano podríamos contemplar mejor y más sercamente este panorama que desde la cumbre de más de seis lustros de observación y de estudio apasionado de esta disciplina científica que nos ha dado la más intensa sensación de plenitud espiritual a lo largo de nuestra existencia. Anclados, pues, en este otoño vital, cuando las luces rojas de las primeras horas de la mañana han cedido ya el paso a las perladas y grises claridades de las últimas horas de la tarde, arrebolada de reminiscencias, nos dispusimos a otear el pasado a través de los cristales del recuerdo, "sin más arte que el sencillez y eficaz de la cla-

ridad" como quería el ilustre Gonzalo Zaldumbide.

Que esta modesta charla tenga la virtud de provocar una amplia vibración comunicativa entre los hombres que cultivamos la Psiquiatría, tanto más necesaria cuanto que la vida moderna, con sus tremendas conmociones afectivas cargadas de inhibiciones y frustraciones, va favoreciendo y multiplicando las condiciones perturbadoras del equilibrio mental y sembrando en las almas conturbadas el cáncer de la angustia, que Kierkegaard y los filósofos y escritores del existencialismo actual han analizado de diferentes maneras.

PSIQUIATRIA DEL PASADO

La evolución de la Psiquiatría ha pasado por las mismas etapas que la historia de la medicina misma. Primitivamente, el hombre ha relacionado las enfermedades con influencias sobrenaturales y estas explicaciones ilegítimas, lo mismo que todas las creencias supersticiosas, persistieron en todas las clases sociales y persisten aún hoy en el vulgo que no ha podido emanciparse de los errores que acatan y aceptan todavía respecto a la vida misma. Las viejas quimeras de lo misterioso y de lo sobrenatural persisten en las múltiples formas de la intuición vulgar. Fue lógico, pues, que las enfermedades mentales se interpretasen con un sentido sobrenatural; la locura, como en la mitología homérica, volvió a ser obra

de los entes sobrenaturales — dioses o demonios — que se introducían en el cuerpo del hombre para perturbar su alma racional. Es la *Demoniología* la nueva ciencia ante la cual la medicina tuvo una semiología cándida y crédula que se prolongó a épocas posteriores a la Edad Media.

La España de la Colonia y de la Conquista nos trajo deformada por la superstición y la leyenda la imagen de la locura. Mientras permanecemos ligados a las entrañas hispánicas, nos llegaron a nuestras tierras esas mismas arcaicas impuestas por la Demoniología. El Santo oficio de Lima, por ejemplo, cumplió con su obra inquisitorial sin complacencias. Efectivamente, en la historia de las grandes ciudades coloniales — Buenos Aires, México, Lima — existe un verdadero anecdotario psiquiátrico y en las viejas crónicas y en las recientes tradiciones aparece, con frecuencia, algún loco de pro, conquistador, dama, fraile, obispo o virrey. En Quito, nuestro célebre pintor de la Colonia, Miguel de Santiago, se dice que fue víctima de un éxtasis epiléptico cuando hirió de muerte a su modelo para copiar de él el tremendo rictus de la agonía, según nos cuenta en sus *Tradiciones Peruanas* Ricardo Palma. Verdad o leyenda, es análogo al caso de Miguel Ángel con su *Moisés*, que lleva en la rodilla la huella del martillazo que le diera el propio Miguel Ángel, cuando al terminar de esculpirlo, mirando a su obra, le gritó: "¡Háblame!", tras de lo cual, enloquecido por su fiebre creadora, le asestó

el martillazo que abrió la herida en esa piedra casi humana...

Todos los casos de patología mental de la época prehispánica, como de la Colonia, relatados por los médicos y escritores peruanos, Valdizán o Bastes, contienen conceptos de hechicería, posesión diabólica, encantamientos, maleficios. Escritores como Ricardo Palma, como José Ingenieros, como Nerio Itojas, como Nina Rodríguez, como Cristóbal de Gangotena y Jijón, como Modesto Chávez Franco, etc. nos han brindado, a lo largo de toda la América, en bellas páginas literarias o científicas, una abundante bibliografía que nos demuestra el concepto que sobre las enfermedades mentales persistía y persiste aún, como una herencia de creaciones ancestrales, pese a la existencia de minorías ilustradas que han luchado y luchan contra la ignorancia y la superstición. Desgraciadamente no han bastado siglos de cultura y de civilización para borrar de la mente humana los últimos vestigios del pasado milenario que allora a la conciencia desde el fondo oscuro del subconsciente colectivo. Las prácticas supersticiosas, los recursos mágicos, las drogas enervantes que conducen al crimen, rodean al hombre actual como un muro invisible, en donde sólo aletea, golpeándose como un pájaro loco, el pensamiento mágico.

LEGADOS PSIQUIATRICOS DEL SIGLO XIX

Un documento muy interesante para la revisión histórica de la Psiquiatría

en el país, lo encontramos en la obra de Don Abel Victoriano Brandín: "De la Influencia de los Diferentes Climas del Universo sobre el Hombre", publicado en Lima en el año de 1826 y reproducido, en parte, en *Estudios Médicos Ecuatorianos*, cuya edición, prólogo y notas ha corrido a cargo del distinguido médico y humanista Dr. Luis A. León. En su primer escrito, este doctor de la Universidad de París, Caballero de la Orden de Francia — como se titulaba — habla de las *enfermedades nerviosas*, haciendo, en primer término, una distinción entre *Historia e Hipocondría*. "El histerismo es, dice, una enfermedad del útero, y la hipocondría es una enfermedad gastro-intestinal".

También trata de hacer la distinción entre estos dos síndromes y la Epilepsia y la Ninfomanía y la Erotomanía. La locura — para Brandín — "es una afección del cerebro caracterizada por una o muchas series de desórdenes cerebrales o nerviosos muy importantes, como la lesión de la sensibilidad, de la contractilidad con insomnio, delirio e inflamación de algunos puntos del órgano encefálico". Suscribe, además, un verdadero Informe Psiquiátrico en la ciudad de Guayaquil, sobre un caso de *Psicosis Epiléptica* y no habla de "enfermedad endemoniada", como lo hace en el año de 1857 el Dr. Manuel Antonio Carmona en el primer Informe publicado en Chile. El médico Brandín, hombre de cultura, ya había roto los vínculos de la ciencia con la Edad Media y se abría un campo libre hacia la objetividad de las ciencias natura-

les, susceptibles de la observación científica.

En la ciudad de Cuenca, en la vida sin prisa de una ciudad conventual y callada, el protomédico doctor Agustín Cueva Vallejo (1820-1873), el valor más firme de la Medicina de la centuria pasada y el primer médico de su tiempo que batió el espíritu de la medicina francesa. Fue, sin duda, el único médico en el país que, en ese tiempo, intentara acercarse a la sugestiva disciplina de la Psiquiatría. Por su ilustración y por su experiencia y siguiendo las enseñanzas de la escuela grecolatina, había renunciado a la Psiquiatría mitológica, en esos tiempos en que esta especialidad era sólo una vaga entealequia, ya que la falta de un ambiente propicio inhibía la posibilidad de que algún médico orientara su cultura científica por ese oscuro y tortuoso camino.

Un legado psiquiátrico de este protomédico cuencano, primer Decano y fundador de la Escuela de Medicina del Azuay, lo encontramos en el año 1868, en un folleto científico en el que refuta, en forma magistral, doctrinaria y científicamente, al Dr. José Vivanco, médico colombiano, sobre un sensacional caso de un delirante sistematizado que estranguló a su esposa, simplemente porque la ignorancia psiquiátrica de éste último hizo que dejara en libertad de acción a un paranoico de máxima peligrosidad social. En su refutación, el Dr. Cueva profundiza los conocimientos psiquiátricos de la época y, siguiendo a Pinel y Esquirol, hace una síntesis de la alienación mental, de

viéndola en grupos, tales como la manía, la demencia, los raptus impulsivos y en general, todas las excitaciones internas con intervalos de lucidez.

En una época y en una ciudad como Cuenca, aislada del mundo, en donde, seguramente, persistían tantas insensateces en nombre de la ciencia, las reflexiones psiquiátricas del Dr. Cueva Vallesjo se nos figuran ahora como un fresco manantial del más puro sentido común.

La muerte de este precursor de la Psiquiatría, en el año de 1874, paralizó aquel cerebro superior que él mismo lo esculpió; pero su pensamiento y su obra han fructificado y han servido de complemento a la labor cálida y constante de otros médicos y de adaltes a las generaciones posteriores que han venido modificando la estructura científica de la comarca y del país.

En este mismo año de 1873, el eminente clínico guayaquileño doctor Julián Coronel — una de las figuras más señeras y más gloriosas de la historia de la medicina ecuatoriana — que hizo también sus estudios en París, capital espiritual y científica del mundo, para incorporarse a la Universidad de la Sorbona escribe su Tesis Doctoral "De L' Hémiplegie Hystérique", la inicial, se diría, del capítulo de un Código repleto de ciencia psiquiátrica; trabajo fecundo y precursor, en realidad, de la concepción científica de hoy en esta difícil rama de la Medicina, citado en justicia por los clínicos franceses como Jaccoud, Dujarier y otros en sus Tratados de Medicina Interna. Esta Tesis del ilustre médico ecuatoriano no fue

conocida por el país sino en el año de 1952, con motivo del IV Congreso de Medicina realizado en la ciudad de Guayaquil, cuya Comisión Organizadora resolvió editar los escritos de algunos de nuestros antepasados médicos. El Dr. Juan Tanea Marengo — cerebro y acción de aquel brillante certamen — consiguió por intermedio de nuestro Embajador, en ese entonces, en Francia, el internacionalista e intelectual Dr. Gonzalo Escudero Moscoso, el microfilm de la Tesis íntegra que, traducida y prelogada por el mismo Dr. Tanea Marengo se publicó en facsímil, permitiendo así que conocieramos el robusto criterio científico de su autor sobre una neurosis que, como la Histeria, tuvo su grandeza y su miseria, hasta que hoy muertos los mitos que sobre esa neurosis se volaron, está sometida a las normas de la objetividad que es el fundamento de la clínica y el único sistema científico para rectificar los errores de diagnóstico y despejar la atmósfera de confusiones que, hasta hace poco tiempo, envolvían a la enfermedad.

En el año de 1888, también en París, el Dr. Víctor Manuel Rando (1829-1900), que desvió su ruta de médico y se adentró por los caminos de la literatura y de la diplomacia, ilustre hombre público, nacido en Guayaquil y cuya larga existencia le puso al servicio de la Patria, publicó su Tesis de Grado con el título de "Fièvres de Surmenage", que el médico quiteño Dr. Manuel Marín Casares de la Torre (1850-1912), una de las personalidades más destacadas de la medicina nacional, con una

capacidad crítica, conastamental con el espíritu médico de la época, escribió un estudio (titulado "Breve Examen sobre un punto de la Tesis de Fiebre de Surinomeje del Dr. Víctor Manuel Rendón", en el año de 1888

En el año de 1882, el Dr. José María Troya (1850-1933), uno de los médicos más consagrados a la ciencia, destacado alumno de los sabios que traje García Merano para organizar la Politécnica, publicó un estudio con el título "Un caso notable de Histeria sin ataques", en el que describe las características reacciones y actitudes del caso histórico, con tanta sobriedad como sinceridad y, necesariamente, con las limitaciones conceptuales propias del tiempo, a base de los conocimientos divulgados por la Escuela de la Saloclière, en la que Charcot sorprendió al mundo científico con sus magistrales investigaciones sobre la *gran simuladora*, la Histeria, sobre la cual gravitaba un cúmulo de errores y de bizantinas discusiones. De los conceptos de Charcot, Bahinski, Berheim, Janet, Freud, Bleurer, Dupré, etc., es posible que nuestros clínicos del fin del siglo hayan asimilado las ideas de algunos de ellos y este es el caso del Dr. Troya.

Con fecha 2 de abril del año de 1891, el Gobernador del Pichincha al transcribir al Ministerio de Beneficencia las estadísticas del Hospicio de Quito le da cuenta de que la víspera fue entregado al Gobierno el Manicomio ya concluido, después de seis años de trabajo. El Director y médicos del Manicomio eran, seguramente, buenos clínicos que atendían a los enfermos con mayor o me-

nor benevolencia; pero la idea de ser el alma y el cuerpo dos diferentes elementos, no más dependientes el uno del otro que el jinete y su montura, hacía que cargara a la cuenta del alma y de sus pasiones los trastornos mentales, limitándose a observar y a compadecer, en el mejor de los casos, al infeliz demente y a cisar, para decorar su ignorancia, autores próximos o remotos. Entre tanto los alienados vivían muchos de ellos sin más cama que el desnudo y frío suelo, en calabozos húmedos, oscuros y fríos y los espos para sujetar y calmar a los agitados eran de rigor; la terapéutica, tan insuficiente y tan empírica como es fácil comprender, se reducía a baños fríos, la sangría general, los revulsivos cutáneos, el séral y la tortura física.

Al Glánatropo guayaquileño, Sr. José Vélez se debe el establecimiento del Manicomio en el puerto. El día 2 de febrero de 1881, se efectuaba su inauguración con las solemnidades de estilo y con las palabras oficiales del Presidente del Concejo, Don José María Urbina Jado. Aquí comienza a usarse la *cama de fuerza* a *insinuación* del enrojal señor doctor Rafael Janamillo quien dice que el látigo es bárbaro e ineficaz y que debe sustituirse por la *cama de fuerza* y la tina de baño.

Parodiando esa significativa expresión metafórica, de sentido obstétrico, formulada por Leopoldi, diríamos que la Psiquiatría llevaba la vida del feto, del cual estuviera grávida la restante Medicina. Frase que tiene un profundo sentido, no sólo porque sirve de espejo al pensamiento de la época, sino

porque de hecho y cualesquiera que sean nuestras ideas sobre el curso de la historia, la Psiquiatría parece ir copiando, en su crecimiento, las propias vicisitudes históricas de la Medicina entera.

LAS PRIMERAS DECADAS DEL SIGLO XX

En la primera década del siglo actual ya se había despertado entre los médicos de las Facultades de Medicina de las Universidades de Quito, Guayaquil y Cuenca, la afición a los estudios de la Psiquiatría; se la empezaba a considerar a esta sugestiva, pero oscura disciplina como una rama independiente de la Patología interna y de la Medicina Legal y se esforzaban muchos de los clínicos en la lectura de los grandes tratadistas franceses y alemanes, vislumbrando la posibilidad de edificar una verdadera especialidad sobre conocimientos psicopatológicos más precisos. Pero, mientras llegaban lentamente, como si se estableciera un convenio, se diría, entre el pasado y el futuro de la Psiquiatría, un convenio conciliador, se integraban los datos científicos nuevos con el cuadro, vago y ambiguo, de la experiencia secular. Los lectores de las obras de Morel y Magnan, de Pierre Janet y de Kraepelin se sentirían un poco desorientados y como náufragos entre tantos saberes genéticos, psicopatológicos, anatomopatológicos, constitucionistas, fisiopatológicos y hasta terapéuticos, sin poderse explicar tan confuso cuadro de la Psiquiatría contemporánea, a pesar de

que, a partir de la etapa de Kallbaum-Kraepelin pareció haberse conseguido cierta solidez en la laberíntica mesografía y nosotaxia de las enfermedades de la mente.

En el año de 1909 se pone en servicio en Guayaquil el Hospital Psiquiátrico "Lorenzo Ponce", que lleva todavía el sello del siglo anterior, es decir, es el tipo de Asilo para el simple aislamiento del enfermo mental. Pero en el curso de los años que se suceden —hasta llegar a 1934, fecha en la cual se incorpora al Plan de Estudios de la Facultad de Medicina la enseñanza de la Psiquiatría— profesores de la talla de Carlo Noboa, de Ramón Bolaño, de Felipe Barboit, dictan sus conferencias de Cátedra de Patología mental frente a los incompletamente seleccionados casos del "Lorenzo Ponce". Hubo, sí, un profesor especializado en la disciplina de la Psiquiatría, un alienista en el sentido del término en ese tiempo, que tuvo ocasión de realizar abundantes observaciones y adentrarse en la oscuridad de la patología mental, fue el doctor Miseno Sanna, Jefe del Servicio del Hospital Psiquiátrico y autor de varias publicaciones sobre valiosos temas de psicopatología.

En el año de 1913 se inicia la Cátedra de Psiquiatría en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, siendo su fundador el doctor Carlos Alberto Arteta García, médico, al mismo tiempo del Hospicio y del Manicomio; la figura más representativa de la Psiquiatría ecuatoriana de la época, precursor de la realidad eficaz de hoy. El Dr. Arteta trajo —como el gran Pinei

de la Francia eterna - el mismo gesto de liberación del alienado en el vetusto manicomio quiteño, infundiéndolo con su asistencia y su comprensión humanas aquel hermoso espíritu de generosidad en el trato con los dementes. Enseñó con elegantes palabras y escribió con bien cortada pluma, porque fue —y es todavía, un destacado escritor científico. Apoyado en su vasta cultura general y en su sólida preparación psiquiátrica, ha publicado muchos trabajos científicos, entre los cuales podríamos señalar: "Psicopatología del Pensamiento" (1915), "Un caso de Psicastenia" (1922), "Estado actual de la Neurosis" (1923), hasta el último que conocemos: "Estado actual de la Neuropsiquiatría en Italia".

En el año de 1917 se incorpora la especialidad de la Psiquiatría al Plan de Estudios de Medicina en la Universidad de Cuenca y la inicia el Dr. Honorato Loyola García (1899-1943), figura científica respetada y catalogada entre las más altas personalidades médicas del país. Fue el primer médico que dio movimiento y vida a los estudios de patología mental dignificando la nosografía psiquiátrica en la aridez del ambiente científico apenas comprensivo de la importancia de los problemas de la vida psíquica. Hombre desdichado de la gloria, de la supervivencia de su nombre, no quiso enfrentarse con el esfuerzo de ordenar y expresar por escrito todo el tesoro de sus conocimientos científicos y es de temer por ello que su prestigio psiquiátrico y sus lecciones, siempre luminosas y claras, se suman en el olvido, como el

agua no canalizada en la tierra reseca del contorno.

En el año de 1926 es designado profesor principal de Clínica Psiquiátrica y Neurológica de la Universidad Central el Dr. Julio Endara Moreano, autoridad indiscutible y maestro consagrado en las disciplinas de la Psicología, de la Psiquiatría y de la Neurología, admirado y reconocido en todos los países, en Europa, en los Estados Unidos y en toda la América Latina, porque su luminosa labor de enseñanza y de investigación científica por el largo camino de más de cincuenta años ininterumpidos, su consagración total a las disciplinas de su especialidad le conquistaron la justa nombradía y la fama que hoy su memoria goza en todos los países del exterior.

La figura efímera y magnífica de Julio Endara Moreano, después de caminar por las más enhiestas cumbres de la ciencia, como una nube enrojecida por los resplandores del infinito se desvaneció en la sombra inmensa donde sucumben nuestras interrogaciones. Para oficiar un rito espiritual ante la memoria del Maestro, necesario sería situarse en una atmósfera de infinitud, fuera del tiempo y del espacio trascendentes, en el ámbito mismo de la posteridad, en donde se ha de valorar la historia su noble y fecunda existencia, paradigma y ejemplo de las nuevas generaciones científicas, cuyas energías se tienden rígidamente hacia el porvenir.

La Clínica Neuropsiquiátrica, propiamente dicha, comienza con la cátedra universitaria del Dr. Endara, que

la dominó en toda su amplitud y profundidad, porque en él se realizó la fecunda conjunción del hombre de ciencia con el clínico, con el patólogo, con el auténtico profesional de la medicina que se acerca al enfermo con la mente organizada del fisiólogo, sabiendo que la persona humana es una fuente maravillosa e infinita de enseñanza y, más todavía, si la enfermedad lo ha apartado de las leyes normales que rigen y conducen nuestra vida. Pero ese camino real no pudo alcanzarlo sino después de haber recorrido los ásperos senderos de la biología celular, la árida región de la bioquímica y los atolladeros de la Psicología médica.

La vida de este psiquiatra eminente, ensayista inigualable, humanista y hombre de vastísima cultura, fue la búsqueda constante de la verdad científica, el estudio persistente, el aprendizaje diario, la disciplina investigadora que nadie le podrá igualar. En la Cátedra o fuera de ella, en la soledad íntima de su biblioteca de selección, en su Clínica Psiquiátrica, realizó, en grande escala, su obra científica que la fue destilando a través de los años en aquel crisol de su autoerítica, siempre tan severa y tan vigilante.

La Psiquiatría ecuatoriana tiene un merecido prestigio internacional porque ha brotado de la semilla que las manos y la mente del Maestro sembraron en la tierra pródiga para la floración de una realidad que nos honra en el exterior, o sea ese grupo de sus discípulos convertidos también hoy en maestros de una segunda y de una tercera generación de psiquiatras, culti-

vadores a plenitud de esta disciplina, sutil e inquietante, que nos enseña a conocer a las almas en el espejo alucinador del psiquismo conturbado del enfermo mental, que oscila entre el inconsciente y la locura, entre el sueño y la llama clara de la realidad.

Los que quedamos todavía atados al carro de la vida sólo disponemos de la sordidez de la queja para inclinarnos reverentes ante el recuerdo del dilecto Maestro y del amigo que ya rindió la jornada y se llevó consigo, como personal acervo intransferible, el destello genial de su inteligencia y la nobleza de su espíritu de selección, que nos fue dado valorar y comprender, con el fervor profundamente conmovido de nuestra ya lejana juventud, cuando nos iniciábamos, con pasión y con fe, en las disciplinas de la Psiquiatría.

Muy cerca, y en conexión espiritual y científica con el Maestro doctor Julio Endara, se destaca el Profesor Jorge Escudero Moscoso (1901-1964), cuyo viaje sin retorno lo lamentamos con la más honda emoción humana. El Profesor Escudero no fue sólo y primordialmente un gran psiquiatra de valoración internacional; fue, por medular vocación, un pensador y un filósofo que ahondó la crítica del juicio de Kant, la dialéctica de Hegel y el positivismo de Augusto Comte; bebió en las páginas de Dilthey y de Bergson, oyó el grito herido y perturbador de Nietzsche, conoció la obra biológica de Drieck, que proclamaba el hundimiento de la mentalidad organicista del siglo pasado y acentuaba la importancia del espíritu como algo genuino en el

hombre avisado por Max Sheller y definido en el concepto existencial de Heidegger. Y estos estudios que inundaron su espíritu filosófico, unidos a los realizados en Psicología, específicamente en el dominio de la nueva y vigorosa teoría de la forma de la "gestalt", robustecieron y prepararon sus sólidos conocimientos psiquiátricos e hicieron de él no sólo un alienista consagrado, sino lo que es más: un humanista enraizado en las nuevas corrientes del pensamiento actual.

Corre el año de 1934, la especialidad de la Neuropsiquiatría ha sufrido fundamentales evoluciones en la década anterior: quedan atrás las equivocadas especulaciones sobre las enfermedades mentales, las más vulnerables a los rasgos del pensar científico. La Facultad de Medicina de Guayaquil incorpora en sus programas la enseñanza oficial de la especialidad y el hospital, antes mencionado, el "Lorenzo Ponce", deja de ser un simple reclusorio o asilo para dementes y se convierte en una clínica de tipo universitario. El cuadro de la Clínica Psiquiátrica y de su función didáctica habían sido transformados fundamentalmente por dos nuevas conquistas que revolucionaban la Psiquiatría: el psicoanálisis de Freud, que demostraba que las enfermedades mentales poseían también un dinamismo y que su comprensión quizá podía conducir a la curación de ellas, y la malarioterapia de la parálisis general, debida a Wagner-Jauregg, que no sólo aportó la posibilidad del tratamiento de la enfermedad mental hasta entonces incurable, sino

que constituyó el fin del nihilismo terapéutico que reinaba en la Psiquiatría anterior a esta época.

Fue Director de la Clínica Psiquiátrica u Hospital Psiquiátrico y Profesor de la Cátedra de Psiquiatría, en ese año, el doctor Carlos Ayala Cabanilla que, desde entonces, se erigió en el Maestro de la psiquiatría guayaquileña que hoy cuenta con una generación valiosísima que agrupa jóvenes maestros, a su vez, de excelente preparación y vocación científicas, tales como Safadi, Dalmau, Calderón, Cárdenas, Delgado, etc. Ayala Cabanilla es, indudablemente, una de las mentalidades más lúcidas y penetrantes que tiene actualmente el pensamiento psiquiátrico nacional.

PSIQUIATRIA Y LITERATURA

La producción científico-literaria ha sido un valioso documento para una interpretación de profundidad que tiende a desentrañar el fondo mismo de las almas conturbadas de los hombres y platarnos, para el estudio psiquiátrico, las más cultas vibraciones psicológicas. Por eso, en un ensayo nuestro, "Psicoanálisis y Literatura", habíamos dicho que acaso no haya ningún conocimiento científico que el literato —pecta, novelista, dramaturgo— no hubiese adivinado con anterioridad, ya que la ciencia sólo se limita a formular con mayor exactitud y llevar a un nuevo nivel la demostración objetiva de lo que se conocía intuitivamente.

Lugar preferente en esta dirección merece el ilustre médico y literato, ya

fallecido lamentablemente, Dr. José A. Falcón Villagómez, quien sin haberse dedicado al ejercicio de la especialidad, la Psiquiatría, escribió bellas páginas de Psicología normal y patológica, en relación con la filosofía de la medicina, con el Arte y la Sociología. Pensador viril, rico de ideas, el Dr. Falcón Villagómez, llevó dentro de sí un tesoro de ciencia y de arte. "Sueño y En-sueño", por ejemplo es uno de sus más profundos estudios patológicos, recibido con admiración por la crítica nacional y extranjera, así como sus consagrados ensayos tales como "Mensaje al Mundo Nervioso", "Psicopatología del Arte", "Max y Freud ante la Biología", etc.

Hay que señalar la obra literaria de otro médico y escritor, sobresaliente en el campo de la ciencia y de las letras, el Dr. Enrique Garcés que, con su comedia "Alondra", por ejemplo, se propuso dar realidad, viva y plástica, a ese suceso subconsciente sin corporeidad física, pero con todos los atributos de la realidad y en el que, anímicamente, vivimos y actuamos como en vigilia. Es el teatro onírico que se inicia entre nosotros y que ofrece un enorme interés para el estudio psicoanalítico de los sueños, como en "La Vida es Sueño", la gran obra de Calderón de la Barca.

Dentro de la bibliografía científica hemos de citar los estudios psiquiátricos sobre la obra de Cervantes, de Zola, de Dostowieski, de Goethe, de Nietzsche, de Oscar Wilde, etc. en lo que hemos intentado hundirnos en el laberinto enrevesado de esas mentes

selectas para poder interpretar mejor las pasiones y pintadas como casos clínicos de profunda veracidad humana.

PSIQUIATRIA FORENSE

Una corriente de estudios vinculados a la psicopatología criminal se inició en el país en el año de 1936, cuando por Decreto Nº 375 se dispuso la creación del Instituto de Criminología, bajo la acertada dirección del Maestro Dr. Julio Mudara. Las doctrinas de Lombroso, de Ferri, de Garófalo, de Paredi, de Dorado Montero, etc. enunciadas o renovar el Derecho Penal tuvieron una especie de resonancia en los trabajos científicos y de investigación que, en ese Instituto, realizó un selecto grupo de antropólogos, psiquiatras, médico-legistas, penalistas y criminólogos, como los doctores, Viñán, Jarrín, Cruz Cueva, Serrano, Cañadas, Avilés, Robalino, León, Castro, etc., todos ellos maestros de excelente preparación científica.

La bibliografía científica de esta dirección de la Psiquiatría es enorme en calidad y en cantidad y nos abstendremos de enumerarla, simplemente, por la limitación del tiempo; pero podemos decir, sin exageración alguna, que un grupo como el señalado antes y bajo la dirección magistral de Julio Mudara - creador de la espléndida Revista "Archivos de Criminología, Neuropsiquiatría y Disciplinas Conexas" - tan densa, de tanta valía, tan entusiasta y tan fecunda, difícilmente se podrá encontrar en los otros países americanos de población superior a la nuestra. No

podría pasar por alto el aporte científico de ilustrados y estudiosos hombres del Derecho, Criminalistas y Penalistas que, en el libro o en el ensayo han puesto en evidencia la motivación psicológica u orgánica de la acción delictuosa, tales como Juan H. Peralta, Aguilar Vázquez, Chico Peñaherrera, Rengel Valdivieso, Torres Chaves, Lloré Mosquera, etc.

Debemos mencionar también que, como fruto de la Cátedra de Psiquiatría Forense en la Universidad de Cuenca — además de la obra "Introducción a la Psiquiatría Forense", dos ediciones — se creó un "Centro de Estudios de Medicina Legal, Psiquiatría, Criminología, Endocrinología", etc. para la realización de las investigaciones necesarias en el campo complejo y poliédrico de estas disciplinas en la doctrina y en la práctica.

DEL VIEJO HOSPICIO AL MODERNO HOSPITAL PSIQUIATRICO

Aquí hay que destacar un nombre que entraña sacrificio y lealtad para el progreso de la Psiquiatría ecuatoriana, el del destacado psiquiatra doctor Fernando Casares de la Torre, que ha venido consagrandose a su especialidad todo su pensamiento y todo su febril actividad de hombre y de profesional de vocación y de estudio. El Dr. Casares ha puesto todas sus esperanzas y sus ideales para la gran tarea de la reforma fundamental y del cambio absoluto, se diría como una mutación, del viejo Hospicio y Manicomio de San Lázaro — fundado en 1875 — al moder-

no Hospital Psiquiátrico de Conocoto, puesto al servicio del país en el año de 1955. Con el Dr. Casares de la Torre compartían sus sacrificios y sus triunfos sus jóvenes amigos y colegas, los doctores Jarrín, Molina, Escobar, Endara Cárdenas, Cornejo, Ríos, etc., capaces de una labor sacrificada y heroica hasta la cristalización de la obra largamente soñada que iba a transformar la atención y la terapéutica de los enfermos mentales. Ojalá que, en una mañana premisoria, sea el centro de una verdadera comunidad terapéutica que preste un extenso e intenso servicio a la salud mental, con clínicas especializadas para adultos, niños, delincuentes, neuróticos, toxicómanos, servicios consultores para la industria y el trabajo ocupacional, etc. como viene propugnando el Comité de Expertos en Salud Mental de la Organización Mundial de la Salud.

NUEVOS CONCEPTOS SOBRE LA ESQUIZOFRENIA

Los progresos psicológicos y clínicos de las enfermedades mentales en todo el mundo psiquiátrico se reflejan en la posesión de nuevos principios orientadores que nos permitirían una mejor comprensión del paciente y un diagnóstico más preciso, condición previa para dirigir con eficacia la conducta terapéutica. Una nueva luz iba iluminando el concepto sobre Esquizofrenia, cuyo curso evolutivo de los conocimientos clínicos y psicológicos habían seguido atentamente los psiquiatras del país.

El Profesor Jorge Escudero Moscoso, como Relator oficial presentado al Tercer Congreso Médico-ecuatoriano, reunido en la Capital de la República en el año de 1942, ya hace en sus "Consideraciones Clínicas y Psicológicas sobre la Esquizofrenia" un profundo y medular estudio a través de las escuelas, teorías e hipótesis para comprender el trastorno cardinal de esta psicopatía, en especial de la moderna escuela psiquiátrica alemana —fenomenológica y estructural— para hacerla más comprensible en cuanto se refiere, sobre todo, a la descripción e interpretación racionalista de los hechos psicológicos y patológicos.

También el valioso psiquiatra guayaquilino, doctor Fortunato Safadi, en el año de 1952 ofreció a los estudiantes de la especialidad un magistral estudio titulado: "Conceptos etiopatogénicos de la Esquizofrenia", adentrándose en la tremenda lucha filosófica en este capítulo oscuro de la Psiquiatría y realizando una crítica de las diversas posiciones doctrinarias. Realizaba allí el Dr. Safadi una crítica a la escuela biológica de Kretschmer y prendía su fe en la escuela de Pavlov, neurológica y profundamente dinámica que, dando un nuevo contenido a la fisiología del sistema nervioso, abre las perspectivas a nuevos descubrimientos.

El psiquiatra ecuatoriano, Dr. Carlos Alfredo León, que ha hecho y perfeccionado sus conocimientos en ambientes universitarios de mayor experiencia científica y de mejores técnicas, en el exterior, en un medular estudio titulado "Un nuevo método experimen-

tal en la investigación de la Esquizofrenia", enviado desde Nueva Orleans, en el año de 1955, hace conocer en el país un vasto programa de investigación del problema de la Esquizofrenia.

LA TERAPEUTICA PSIQUIATRICA

La terapéutica psiquiátrica, como es sabida, se inicia desde que Pinel rompiera las cadenas que sujetaban a los enfermos de la mente e introdujera el trato humano y bondadoso para los mismos. Con Pinel quedaron plantados los cimientos de una terapéutica moral, que remató en nuestros días en una de las más bien nutridas ramas de la terapia moderna: la *Psicoterapia*. También aquí nos es placentero referirnos a un trabajo científico del Dr. Carlos A. León "Psicoterapia y Educación Médica", en el que discierla acerca del beneficio de los métodos psicoterápicos no sólo al alcance del especialista sino del médico en general. La Psicoterapia especializada, la terapia psicoanalítica freudiana ya poníamos en práctica en la consulta profesional, tratando de conseguir un reajuste de la libido del enfermo y dirigirla al mundo externo, dominando la violencia de sus instintos ancestrales, hasta hacerlo apto para una existencia normal, usando las armas utilizadas por el Maestro vienés.

El Narcoanálisis, la terapéutica por el choque mediante la Insulina o el Cardiazol o la Electroshooterapia, constituyeron en el tercer decenio de este siglo uno de los avances más brillantes de la Psiquiatría. El Dr. Jaime Vinti-

milia Albornoz, actual profesor de Neuropsiquiatría en la Universidad de Cuenca, presentó al IV Congreso Médico Nacional de 1952, el trabajo "Narcosis en el Tratamiento de las Psiconeurosis". Y, antes, coincidiendo con la inauguración de la primera Clínica Psiquiátrica en esta Capital, de propiedad del Dr. Julio Endara, se inicia la terapia convulsivante —cardiozólica e insulínica— en la que colaboran con el Maestro doctor Endara, el Profesor Escudero Moscoso y el Dr. Cruz Cueva. Y muchos de los discípulos del Dr. Endara escriben sus Tesis sobre la Terapia Convulsivante. Y el mismo Dr. Julio Endara, como un resumen de todos estos trabajos, presenta a la Sociedad de Psicología y Neuropsiquiatría, su magistral comunicación: "Tres años de tratamiento de las Enfermedades mentales mediante la terapia convulsivante" (1942). Y posteriormente, en el año de 1954 y en relación con la técnica de Ugo Cerletti, los distinguidos psiquiatras de Quito y Guayaquil, respectivamente, doctores Jorge Escudero y Fortunato Safadi, escribieron sendos ensayos sobre "La Electroneurosis en el tratamiento de las enfermedades mentales", el primero; y "La Electroneurosis en la Terapéutica Psiquiátrica", el segundo.

Pero un cambio decisivo en la historia de la terapéutica psiquiátrica se produjo con la aparición, en primer término, de la clorpromazina y de la reserpina, cuyo interés residía precisamente en el hecho de que estas sustancias ejercen una acción sedativa muy acentuada, sin trastornos apreciables

del estado de conciencia. Nació así la presente nueva era de los psicofármacos, llamados tranquilizantes, neuroplégicos, neurolépticos, antidepresivos, psicoestimulantes, energéticos, etc., etc. Tanto en el aspecto de la terapéutica clínica, como en el de la investigación neurofarmacológica, han manifestado su saber y sus experiencias nuestros psiquiatras. El Dr. Julio Endara Cárdenas —digno hijo del Dr. Julio Endara— escribió su Tesis Doctoral sobre "El Largactil en la Terapéutica Neuropsiquiátrica". Uno de los temas oficiales del Primer Congreso de Neuropsiquiatría, dentro del V Congreso Médico Nacional, en el año de 1961, fue el de "La Evolución Clínica de los Psicofármacos", en el que tomaron parte los doctores Celso Jorjín, Francisco Carrijo y Julio Endara Cárdenas.

En los planos de la investigación farmacológica de los psicofármacos, hemos de nombrar —para orgullo del país— la personalidad del Dr. Plutarco Naranjo Vargas, acaso el más destacado investigador en el campo de la farmacología. En otras ocasiones ya nos hemos ocupado ampliamente de sus valiosos trabajos; en estos momentos sólo recordamos los títulos de algunas de sus publicaciones, tales como: "Drogas Psicominéticas", "Drogas Psicostimulantes", en colaboración con su señora, la doctora Enriqueta Banda de Naranjo, "Efectos colaterales y estructura química de los tranquilizantes", etc.

En el año de 1936 apareció la primera memoria sobre la leucotomía frontal del Profesor de la Universidad de Lis-

boa, Egas Moniz, creador de la psicocirugía para el tratamiento de las enfermedades mentales. Y en el año de 1957, el Dr. Nelson Dueñas Vaca, bajo la dirección del joven y ya consagrado maestro de la Neurocirugía, Dr. Gustavo Endara Cárdenas, trabaja su Tesis Doctoral, bajo el título de "Tratamiento quirúrgico de las Enfermedades Mentales".

La situación que ha alcanzado esta difícil especialidad de la Neurocirugía, dentro del aspecto médico-social, como ayuda al enfermo, o dentro del aspecto científico o experimental, como medio para acercarse al conocimiento íntimo de los fenómenos vitales, adquiere también entre nosotros una destacada posición, con los nombres de los doctores Francisco Rizo Velasco, Gustavo Endara Cárdenas, Oswaldo Rodríguez, Nelson Dueñas Vaca, Herbert Reyes, y muchos otros modernos representantes de la nueva generación de esta rama del saber científico, llena de interrogaciones, que tuvo la suerte de ser organizada por una personalidad como Cushing e impulsada en la América Latina por Shooderer y Dowling, Asenjo, Carrillo y Bañado. Una nueva y valiosa generación que, no mide sacrificios, que no espera ni cobra recompensas, con el afán de ser útil a la ciencia y a la patria, trabaja en las clínicas y en los hospitales superando todas las limitaciones y todas las deficiencias inherentes a la precaria economía de nuestras instituciones de Asistencia Social.

Impulsados por ese vellez y continuo movimiento ascensional de todas las

especialidades de la Medicina, no nos damos cuenta de que los cambios en las formas del pensamiento, comprensión y procedimiento que han sido introducidos en la especialidad de la Neurología. Actualmente, ningún neurólogo

como ya dijera Jean Lhermitte:— piensa solamente como un morfológico de los días de Charcot; hoy se ha producido un cambio esencial: bajo la influencia de los nuevos conocimientos fisiológicos del sistema nervioso, la alteración funcional ha relegado la consideración de la lesión a un segundo lugar; el horizonte científico se expande, la anatomía cerebral pierde su rigidez e inmutabilidad y deviene, en cierta medida, en pluridimensional. Es por esto que, armado de una técnica neurológica nueva, el neurólogo está extendiendo sus conocimientos hasta el campo de la Psiquiatría y ya es un imperativo para él ser, al mismo tiempo, un psiquiatra, como lo es para éste poseer un conocimiento profundo de la Neurología.

Han colaborado estrechamente con la Psiquiatría, dentro de su evolución cronológica en el país, ambientes neuropatólogos, como: los doctores Cornejo Gómez, Adolfo Hidalgo Novares, Juan Reinert, Carbo Novoa, entre los grandes de la medicina nacional, de principios del siglo; y entre los nuevos, valores auténticos como los doctores Rizo Velasco, Martínez Aragón, Francisco Sojos, Gustavo Endara Cárdenas, Oswaldo Rodríguez, Leoro Escobar Valle y muchos otros, más nuevos aún; clínicos y médicos generales que han abordado el estudio del sistema ner-

vioso y han escrito útiles y valiosos trabajos al respecto. Especial reconocimiento le debe la ciencia psiquiátrica al distinguido neurólogo, Dr. Pérez Borja, especialista en Electroencefalografía, que ha enseñado en la cátedra y en el ensayo científico este nuevo método de diagnóstico de las enfermedades mentales. Algunos de sus trabajos son "Crisis del área motriz suplementaria", "Sobre el origen traumático de la Epilepsia Psicomotora o Temporal", "Electroencefalografía clínica", etc.

COLOFON

Si hemos intentado escrutar el pasado y el presente de la Psiquiatría ecuatoriana, es

para que se haga más clara y lúcida la visión del futuro de nuestra especialidad. Hemos visto, a través de esta modesta e incompleta revisión, que la Psiquiatría ha tenido entre nosotros un desenvolvimiento doctrinario y pragmático rotundo y magnífico. Cada día son más numerosas y mejores las publicaciones psiquiátricas en el país y se multiplican, se dicen, en progresión geométrica, tanto los trabajos de investigación y crítica pura, como las grandes conquistas terapéuticas. Quienes cultivan hoy esta augusta especialidad médica son hombres nuevos, dinámicos, eruditos, admirablemente bien dotados para la realización de una obra social y científica de enorme trascendencia. Porque si hay una especialización médica que obligue al profesional a mantenerse vivo, alerta y vigilante sobre muchos dominios, desde donde el panorama se ensancha o cobra calidades insospechadas, es justamente la bella disciplina de la Psiquiatría.